

Lectura, escritura y oralidad: formación y experiencia

Reading, writing and orality: training and experience

*Sofía de la Mora Campos**

*Teresa de Jesús Negrete Arteaga***

Resumen

La formación universitaria como proceso en el que median las competencias de lectura, escritura y oralidad, tiene engarces con elementos provenientes desde lo institucional, lo social y las políticas educativas, que dejan de lado aquello que les pasa a los sujetos. En este escrito se da cuenta del sentido y los significados que hacen experiencia de sí desde los entrecruzamientos de lo institucional-social-político y los modos de adscripción de los sujetos, a ello le hemos denominado *cuero textual*. El recorrido en México desde los procesos culturales del libro permite abrir las perspectivas que articula a diversos actores y agentes involucrados.

Palabras clave: lectura, escritura, oralidad, historia, educación

Abstract

University education, as a process in which reading, writing, and oral competencies mediate, links with elements from the institutional, social and educational policies, that neglect what happens to the subjects. In this writing, the sense and meanings that make experience of themselves from the intersections of the institutional-social-political, as well as the modes of ascription of the subjects, are realized, we have called it the textual body. The journey in Mexico from the cultural processes of the book, allows opening the perspectives that articulate the diverse actors and agents involved.

Key words: reading, writing, orality, history, education.

Artículo recibido: 30/11/2021

Artículo aceptado: 27/05/2022

* Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco [sofmor@correo.xoc.uam.mx].

** Profesora-investigadora, Universidad Pedagógica Nacional, Sede Ajusco, Área Académica 1. Políticas Educativas, Procesos Institucionales y Gestión [denuevotere@gmail.com].

Hablar de competencias en el ambiente educativo es hacer referencia a una serie de acercamientos desde diferentes disciplinas que buscan, por una parte, articular los procesos de enseñanza-aprendizaje a un esquema de rendimiento escolar y productividad, así la lectura, escritura y oralidad se reconocen como recursos instrumentales y no necesariamente relacionados entre sí; por otra, están las orientaciones que reconocen a las competencias como un conocimiento que se adquiere en la producción de textos vinculándolo con prácticas sociales del lenguaje, orientación con mayor predominio en el ámbito académico universitario. Ambas refieren más a un desempeño que a una competencia.

Una tercera vía argumenta que las competencias tienen que ver no sólo con el desempeño sino con procesos de formación para la vida cuyo énfasis se sitúa en el análisis propio de los sujetos, quienes reconocen en el tránsito entre el saber hacia el hacer, o bien, del hacer hacia el saber, sus propios esquemas de acción frente a las exigencias y visión del mundo; de esta manera, los saberes, conocimientos, habilidades cobran relevancia como experiencia de sí, al dar pie a un pensamiento inserto en un accionar ético-político de lo propio, en lo individual y colectivo, con proyección cotidiana y social. Desde este ángulo se hace énfasis en la lectura, la escritura y la oralidad (LEO) que, en su articulación, permiten la expresión, la operación y la asimilación mediante procesos múltiples entre el *saber-hacer* y el *sentir-pensar*.

Ahora bien, no podemos pasar por alto que el término competencias se adopta en México por recomendaciones insistentes de los organismos internacionales con la idea de “igualar” condiciones de desarrollo desde preceptos universales inherentes a la globalización. A más de 20 años de haberse insertado el concepto como parte de las políticas educativas en México, al realizar una revisión de la literatura se abre un gran abanico de miradas reflexivas, propositivas y analíticas sobre estudios específicos o propuestas que buscan el acercamiento para incidir en cambios del paradigma para la obtención de dichas competencias hacia la construcción cultural en el marco de las tres orientaciones antes señaladas.

En ese sentido se puede encontrar, por un lado, la actividad educativa como mera forma instrumental y, por el otro, las perspectivas que lo promueven desde un proceso complejo donde se hace evidente la historia, el lenguaje y el idioma, las condiciones culturales, sociales y familiares, así

como la observación del desarrollo de habilidades y saberes acotadas por recursos colectivos y personales a las que se accede.

La investigación educativa presenta, a escala mundial, una desigualdad que responde a necesidades socioculturales y políticas educativas. Hace unas décadas, México –en particular– se centraba en las condiciones de desarrollo educativo del país: “como economía y financiamiento de la educación, calidad de la educación y evaluación educativa, hay investigadores y estudios notables –algunos de nivel internacional–, pero no son suficientes, al igual que en el nuevo tema emergente de los medios educativos”.¹ El proceso de intercambio académico observado en las últimas décadas abre líneas de investigación de acercamiento a temas específicos, regionales y sectoriales que intervienen en situaciones o casos que, junto con literatura de mayor alcance y profundidad, pueden contribuir a observar y analizar la complejidad del desarrollo de competencias donde se articulan los espacios, los actores, los agentes² y los procesos en los que se expresan y consolidan.

En un primer acercamiento se hace evidente que el foco de investigación está en la búsqueda de estrategias para fincar las competencias LEO en la etapa primaria y hay poco trabajo para la etapa universitaria. Se considera que éstas debieran estar consolidadas al llegar a la universidad, como un aprendizaje de estructura alfabetizadora donde los procesos de las competencias van aunadas a diferentes procesos:

[...] la educación básica, donde se encuentra la mayoría de estudiantes, requiere más investigación. Sin embargo, la superior y la investigación educativa sobre ella, es también de primordial importancia para la sociedad del conocimiento, ya que ahí se forman los profesionales innovadores. Tanto en la básica como en la superior son escasos los estudios comparativos internacionales con participación mexicana que evalúen las recientes políticas y programas de modernización internacionales.³

¹ Consejo Mexicano de Investigación Educativa, “La investigación educativa en México: usos y coordinación”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 2003, p. 864 [<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14001912>].

² Al referirnos a actores y agentes se busca incluir, de la misma forma, todo perfil de género. Se reconoce la necesidad de un lenguaje incluyente, pero con el fin de ofrecer una legibilidad no se recurrió a realizarlo de forma enfática.

³ Consejo Mexicano de Investigación Educativa, “La investigación educativa en México...”, *op. cit.*, p. 866.

A partir de la búsqueda de referentes documentales, se observa que predominan estudios que buscan sistematizar o analizar, con metodologías cuantitativas, la actividad lectora con el foco en el “alumno” y su meta asignada por el sistema. Además, muchas de ellas se circunscriben en un dominio técnico de la competencia, pero dejan fuera de foco a los actores/agentes de relación vinculante del proceso que manifiestan pautas y roles establecidos, en relación con la complejidad y la tensión de los *habitus* (*capital social/capital cultural*), enlazados con competencias del lenguaje y de expresión.

Cuando la mirada del trabajo de investigación se da desde la enseñanza, se limita a una acción o una técnica, economiza y limita la posibilidad de un análisis complejo, olvidando los recursos pedagógicos constructivistas del proceso de enseñanza-aprendizaje. En contraparte, están aquellas posturas que, además de observar estas tensiones, reconocen la construcción de espacios intersticiales que contribuyen a darle fuerza vital a la lectura, a la escritura y a la oralidad, donde se observa una perspectiva de los espacios por el placer, por el encuentro de contenidos que satisfagan el deseo del saber, de entender, de integrar, así como enfrentar, gozosamente, una página en blanco.⁴

Los enunciados clave permiten advertir las contradicciones entre el proceso educativo ofrecido en el ámbito escolar, que ha buscado una alfabetización reducida al reconocimiento de la grafía, hasta la necesaria lectura crítica que se espera en la etapa universitaria. Las estrategias para el conocimiento que se observan en el juego de la funcionalidad de la enseñanza con postura analítica en el aprendizaje, muestran que el libro, como objeto, y la lectura en espacios determinados, son insuficientes si no se percibe la corporalidad expresada en el sentir-pensar en un *cuerpo textual* donde dialoguen el *deber ser* con el deseo, es decir, con el *querer ser*. La estructura analítica de las tensiones de competencias y el soporte del texto definido desde la institucionalidad permite ese tránsito hacia la adquisición de competencias y, con ello, un posicionamiento ontológico-epistémico que recobra la experiencia a partir de relatos y narrativas que dan testimonios de los procesos implicados en las competencias.

El libro, papel o digital, son el soporte que abre la posibilidad de expresión testimonial e involucra a diversos actores que se ubican en la tríada de quien escribe, quien edita y quien lee. Estos objetos físicos o líquidos son, por su naturaleza, los que promueven los procesos de indagación, acción, actuación,

⁴ Annie-Marie Chartier, *Enseñar a leer y escribir. Una aproximación histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

movilización de saberes, intuiciones y conocimientos, así como de producción y de consumo editorial que propician el *sentir-pensar*. Con ello emana, desde lo singular hasta lo colectivo, la constitución de la palabra, el lenguaje y la forma que entreverados permiten la manifestación de esas competencias en cualquier espacio, lugar, tiempo, pretexto, objetivo y circunstancia. Además, como un halo que integra está la voz, la oralidad, ese sonido que le da significación a cada uno de los trazos que se encuentra en un escrito, es la musicalidad que el ser humano relaciona con su entorno, es aquello que los identifica culturalmente, que articula lo orgánico con lo sensible de lo propio del *cuerpo textual*.

HISTORIA: LIBRO, LECTURA, ESCRITURA Y ORALIDAD

Debemos hacer memoria desde la historia de los significados del libro que dejan huella, en lo que permanece y cambia. Desde las culturas antiguas se ha buscado plasmar y trascender las ideas y las representaciones (sociales, ideológicas, políticas, culturales) en diferentes soportes (piedra, papiro, papel, digital) y formas (pintura, danza, escritura). Con el paso del tiempo, el pensamiento ilimitado del hombre tomó fuerza a partir de la creación y evolución de textos, la invención de la imprenta y su distribución por el mundo. El humano se ha valido de formas de nominación para comprender y expresar representaciones del mundo de forma generalizada.

Es necesario recordar que se empleaba la oralidad como principal medio para transmitir modos de vivir. Se puede observar, por ejemplo, que en Mesopotamia de manera rudimentaria se empleaba, con los escribanos, la escritura en tablillas y cerámica; podemos considerar “las primeras palabras de la humanidad”. Con la xilografía y la imprenta, los textos marcan un posicionamiento generalizado que pretende hegemonizar un sentido relevante entre pautas culturales y sociales, así como los sentidos educativos asociados con éstas. El desarrollo de las culturas genera una “separación” entre las escriturales y las no escriturales, pero hasta que llegan los griegos se observa una construcción del lenguaje y, con ello, la escritura,⁵ de ahí que se gestan las condiciones sociales de acceso y de estandarización educativa que rigen hasta la fecha, marcando accesos sociales diferenciados.

Los factores que permiten comprender el porqué de lo que se observa en las competencias planteadas, van de la mano de diversas condiciones socioeconómicas relacionadas con el papel y la función del libro vinculado

⁵ Ernesto de la Torre Villar, *Breve historia del libro en México*, México, UNAM, 1990.

con lo político educativo. Es necesario considerar las variables ideológicas, culturales, sociales e históricas con las de formación de los sujetos para identificar la diversidad de estructuras que interactúan y accionan, a favor o no, de la construcción de las competencias.

En la sociedad de la Nueva España, por ejemplo, se daba importancia a la capacidad de leer, principalmente porque la lectura del catecismo, vinculada con la iconografía religiosa, sostuvieron la formación moral de los cristianos.⁶ El libro se puede considerar como un objeto que ordena la historia del conocimiento, los saberes y los lenguajes haciendo uso de diferentes soportes.

La edición será siempre un espejo donde se reflejan todos los problemas culturales, económicos, sociales y científicos, y deberá convertirse en un punto de encuentros. Para ello se tienen que vencer los obstáculos existentes en la propia universidad, además de los derivados de la problemática concreta de la industria y el comercio del libro.⁷

Ahora bien, la historia de la oralidad entretejida con las otras competencias está presente, aunque quizá poco registrada en textos históricos, aunque no se niega su importancia, presencia y significado en la construcción del lenguaje. De forma simplificada se observa como un recurso para la transmisión en espacios, abiertos o cerrados, a una comunidad específica de discursos informativos, narrativos y teatrales. De ahí que los mitos, las leyendas y todo lo que se identifica como literatura de transmisión oral, con el tiempo se plasman en diversos soportes textuales y audiovisuales, las palabras están unidas en la expresión corporal del hombre y, con ello, lo indivisible de las competencias que soportan las inscripciones discursivas del *cuerpo textual*.

Las culturas orales producen, efectivamente, representaciones verbales pujantes y hermosas de gran valor artístico y humano, las cuales pierden incluso la posibilidad de existir una vez que la escritura ha tomado posesión de la psique. No obstante, sin la escritura la conciencia humana no puede alcanzar su potencial más pleno, no puede producir otras creaciones intensas y hermosas. En este sentido, la oralidad debe y está destinada a producir escritura.⁸

⁶ Dorothy Tanck de Estrada, "La enseñanza de la lectura y de la escritura en la Nueva España, 1700-1821", *Historia de la lectura en México*, Seminario de Historia de la Educación en México, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2010, p. 49.

⁷ Jesús Anaya Rosique, *Editar en la universidad. Paradojas y retos*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2010, p. 3.

⁸ Walter J. Ong, *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, traducción de Angélica Scherp, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 52.

El humano, en sus procesos de significado sociohistórico y cultural, construye y manipula herramientas, técnicas y materiales. Sabemos del largo recorrido por la piedra, la tela y otros soportes; por ejemplo, hoy se permite una conexión longitudinal con la coexistencia de la tinta y el papel, el libro impreso, con la pantalla y la tinta líquida, libro digital, donde, de una u otra forma, se ponen en juego las piezas del escribir, leer y exponer. “Cuando el hombre descubrió una materia dúctil sobre la cual podía colocar sus signos [como elemento constitutivo de cualquier lenguaje] y sus letras [representación gráfica y oral] y expresar con ellos su pensamiento, dio principio a la elaboración del libro”.⁹

Desde las referencias para hacer memoria aquí expuestas, es posible ubicar la postura planteada en diversos textos de Pierre Bourdieu sobre *capital cultural* como un *campo social* específico y, al mismo tiempo, como el complejo engranaje de relaciones sociales que articulan y refuerzan el lenguaje, incorporan diversos modos de expresión de los saberes y de conocimiento que establecen sistemas de poder en estructuras sociales complejas.

La relación del ser humano con el lenguaje es íntima, se inscribe en la corporalidad donde interactúan los sentidos y percepciones en movimiento, que permite construir una relación subjetiva que acciona, genera y crea realidades del mundo social y cultural: “el lenguaje es por, sobre todo, lo que hace de los seres humanos el tipo particular de seres que son. Los seres humanos, planteamos, son seres lingüísticos, seres que viven en el lenguaje. El lenguaje, postulamos, es la clave para comprender los fenómenos humanos”.¹⁰ En este proceso, el ser humano ha encontrado caminos para articular la lectura con la escritura sustentada en el soporte libro.

Cavallo y Chartier abordan la historia de las prácticas de lectura que “pretende cruzar diversos enfoques, esas diferentes maneras de entender el encuentro entre los textos y sus lectores”¹¹ que, con el paso del tiempo, establecen modelos orientados a dicha práctica en el mundo occidental, desde el mundo griego y el valor de la lectura silenciosa; consideran las distintas modalidades y espacios de lectura desde la recreativa hasta la llamada normativa en el mundo romano; ponen énfasis, al igual que en otros textos, en la instalación y desaparición del modelo escolástico de la lectura,

⁹ Ernesto de la Torre Villar, *Breve historia del libro en México*, op. cit., p. 127.

¹⁰ Rafael Echeverría, *Ontología del lenguaje*, Chile, J.C. Sáenz editor, 2003, p. 21.

¹¹ Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (traducción: María Barberán, María Pepa Palomero, Fernando Barrajo y Cristina García), Madrid, Santillana-Taurus 1998, p. 53.

hoy todavía vigente en algunos entornos sociales y escolares; destacan la importancia cultural e ideológica de los espacios sagrados de lectura y la construcción de campos sociales y religiosos para su desarrollo individual y colectivo; las condiciones ideológicas que determinan los espacios y las apropiaciones que permiten la vinculación de los lectores con la lectura; la socialización y apertura de textos en condiciones de autonomía y experiencias socioculturales para los actuales lectores vinculado con la identificación de grupos sociales; así como la promoción lectora analizada desde una crisis y un deseo por visualizar que condiciona las rupturas de paradigmas.

Robert Darnton¹² menciona que, en la década de 1960 Marshall McLuhan, llamado “el profeta de internet”, pronosticaba que, con la llegada de la era digital, el libro físico podría desaparecer, sin embargo, éste sigue siendo imprescindible y se mantiene vigente. Los avances tecnológicos del siglo XXI han puesto limitantes a la imprenta, de ahí que el libro electrónico haya ganado terreno, aunque no de manera contundente. La llegada de estos avances ha propiciado la lectura en soportes electrónicos debido a las necesidades de difusión del conocimiento e información de diferentes áreas del saber que se propagan con mayor velocidad, llegando además a lugares donde se encuentran las diferentes audiencias. El cambio de paradigma tecnológico no sólo es un cambio de soporte, es una variante que influye y contextualiza la actualidad en las competencias LEO en la coexistencia de los soportes abriendo múltiples experiencias de escritura-lectura, lenguajes y contenidos.

El libro, como soporte que articula la lectura y la escritura, toma particularidad en América Latina, como lo advierte Roger Chartier,¹³ quien coloca las matrices de la lectura en la historiografía en países como México, Brasil, Argentina y Chile, que han otorgando mayor relevancia a la alfabetización y a la educación, marcada por la construcción del Estado-nación o de la opinión pública. La historia del libro en México remonta a diferentes escenarios socioculturales y políticos enmarcados por el colonialismo hasta hoy vigentes. Esto se observa en el desarrollo de la industria editorial, aunado a las condiciones de sus actores (autores, editores y lectores) en un marco de acciones desde el poder público y que recae en la estructura educativa con la producción de contenidos y de los espacios de encuentro del lector y su libro (librerías, bibliotecas y ferias).

¹² Robert Darnton, *El coloquio de los lectores*, prólogo y traducción de Antonio Saborit, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

¹³ Roger Chartier, “La historia de la lectura en América Latina vista desde Francia”, *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, 2014, pp. 26-33.

De igual forma se hace evidente la manera como se determinan las estrategias de enseñanza en la primera etapa de la Independencia, así como el papel de la Iglesia para impulsar posturas ideológicas y educativas en respuesta a la necesidad de alfabetizar a la población. Se puede destacar que la etapa del porfiriato mostró señales de posturas inclusivas en las lecturas escolares frente a un debilitamiento del nacionalismo y que, con la Revolución, pero sobre todo con el humanismo vasconcelista, se impulsaron estrategias sociales para garantizar la alfabetización de toda la población.¹⁴

Los cambios y condiciones que conllevan a la inestabilidad del México en el siglo XIX, influidos, a su vez, por las revoluciones del pensamiento y la industrial del mundo occidental, entre otros factores, generan condiciones para el desarrollo e impulso por alfabetizar como una obligación hacia la formación del pensamiento ilustrado, sobre todo para la capacitación, que permitiría consolidar una sociedad industrializada. Tras la Independencia, se hizo evidente la necesidad de alfabetizar a la población, pues la lectura se convirtió en un arma que procuraba la sobrevivencia política de la nueva nación.¹⁵

La enseñanza de la lectura siempre ha sido un punto neurálgico en los proyectos políticos y sociales de diferentes periodos de la historia nacional, la aparición del texto escolar, y su propagación a partir de las políticas del gobierno, genera una relación cercana entre el libro y el lector. Es necesario ubicar estas propuestas editoriales ya que, en sus contenidos, se ponen de manifiesto esquemas pedagógicos como semillas para las competencias que en el proceso no parecen entrelazar de forma eficiente a la lectura, la escritura y la oralidad.

México se ha caracterizado por tener una fuerte tradición sobre el libro de texto y la formulación de un sinnúmero de manuales, sólido patrimonio educativo. Éstos han marcado y determinado los procesos, los catálogos y la industria editorial. Los libros de texto revelan claramente concepciones promovidas desde el Estado y, en América Latina, se observa una vertiente hacia el significado de la nacionalidad, con cortes históricos diferenciados en los últimos siglos.

Los diversos actores y agentes del libro construyen discursos que reflejan las condiciones sociales, ideológicas y educativas que se perfilan desde

¹⁴ Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2010.

¹⁵ María Daniela Carranza Alarcón y Blanca Vázquez Matías, *La lectura y la escritura: una introspección del ser. Reflexiones pedagógicas sobre el proceso de enseñanza formal*, tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019 [<http://132.248.9.195/ptd2019/diciembre/0799101/Index.html>].

políticas estatales y con el acompañamiento de una industria que basa su estabilidad en la producción de dichos contenidos. Los productos editoriales educativos son objeto de estudio vinculado con la historia del libro y la educación, lo que permite a investigadores reconocerlos como fuente para el análisis de la enseñanza de la lectura y la escritura en el marco escolar. Se manifiesta que éstos responden a diferentes propuestas promovidas desde el Estado y las acciones de gobierno que, en sus contenidos, inciden en los resultados que se observan en cuanto a la alfabetización, comprensión lectora y el valor posicional de estas competencias.¹⁶

La función estatal que se constituye como autor, editor, distribuidor y regulador de los contenidos de un material educativo para toda la población, genera una situación que afecta a la industria editorial y, con ello, la repercusión cuestionada sobre la diversidad y el desarrollo de otras propuestas, al reglamentarse como una estrategia nacional acorde con lo establecido desde la Secretaría de Educación Pública (SEP).¹⁷ Las condiciones del libro de texto y la posición de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg),¹⁸ ponen de manifiesto que el desarrollo de contenidos sea neurálgico en las etapas primarias de las competencias tanto en su forma y fondo, como en las características didácticas y pedagógicas. Por ello, la vinculación del profesor y estudiante con el objeto libro, sus actores y agentes, hace posible la articulación cultural educativa y los resultados que se manifiestan en la etapa universitaria.

La formación académica en la educación superior se complejiza por distintos factores, entre éstos, el conjunto de saberes culturales con los que cuentan los estudiantes al momento de ingresar a la universidad. Bourdieu¹⁹ hace énfasis en que el análisis del *capital cultural*, que forma parte de las personas y se expresa en tres tipos de estados –incorporado, objetivado e

¹⁶ Lucía Martínez Moctezuma, “Los manuales de lectura, un patrimonio de la historia educativa de México”, *Revista Iberoamericana do Patrimônio Histórico-Educativo*, 2015, pp. 34-47; y Matthias Vom Hau, “Analizando la escuela: nacionalismo y educación en México, la Argentina y Perú”, *La Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales*, 2009, pp. 1-35.

¹⁷ Elizer Ixba Alejos, “La creación del libro de texto gratuito en México (1959) y su impacto en la industria editorial de su tiempo. Autores y editoriales de la academia española”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 2013, pp. 1189-1211.

¹⁸ Conaliteg se constituyó para encargarse de “fijar, con apego a la metodología y a los programas respectivos, las características de los libros de texto destinados a la educación primaria”, y así apoyar a la educación obligatoria y gratuita recibiendo sin costo los libros indispensables para sus estudios y tareas. *Diario Oficial de la Federación*, 12 de febrero de 1959.

¹⁹ Pierre Bourdieu, “Los tres estados del capital cultural”, *Sociológica*, 1987 [http://www.sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/1043/1015].

institucionalizado—, permite distinguir las diferencias en los resultados de las trayectorias escolares que se potencializan o agudizan en el paso por la universidad, ya que se pone de manifiesto lo adquirido y acumulado a lo largo de la vida del estudiante en el que se articula y establecen tensiones entre el *capital familiar*, el *capital social* y *cultural* proveniente de las escuelas previas al ingreso a la universidad.

El capital cultural en un estado incorporado se traduce en disposiciones duraderas en la persona puesto que lo ha interiorizado hasta hacerlo parte de sí mismo, por ejemplo, se manifiesta en el gusto por ciertos bienes culturales y artísticos; puede decirse que refiere a lo que la persona aprende en lo familiar, lo social y lo institucional a lo largo de su vida, este saber se liga al cuerpo, se incorpora, puesto que se ha dado un proceso de inculcación y asimilación que implica una inversión económica, de tiempo y esfuerzo. No es algo que se dé en automático, por ejemplo, con el solo hecho de asistir a la universidad, sino que requiere de un proceso de cultivo.²⁰

El *campo universitario* rebasa las condiciones de los muros escolarizados, deseablemente, se dan condiciones del tránsito de la ruptura del ámbito de la familia al establecer un diálogo comunicativo con el ámbito universitario. En esa tensión se dinamizan los procesos de conocimiento y de las estructuras sociales instituidas en la universidad y que se permean en cada uno de sus integrantes: un recambio obligado, tanto en el desarrollo y perfeccionamiento de competencias cognitivas, como en la incorporación de técnicas, herramientas y saberes.

Ante esto es necesaria una obligada y continua transformación del currículo de las instituciones de educación superior (IES), desde los modelos de enseñanza y sus formas de aprendizaje hasta los mecanismos de evaluación, acreditación y certificación donde se subrayen dinámicas de flexibilidad tomando en cuenta los cambios sociales y las condiciones de los sujetos del proceso educativo. Se observa en los diferentes estudios identificados que hay un estancamiento en ello, sobre todo en el currículo y en la actualización docente. Las condiciones para LEO no pueden ser estáticas y obligatorias, tampoco limitadas a un ordenamiento administrativo de clase por hora, sino que necesariamente es un proceso que, por su complejidad, no se agota

²⁰ Caridad García Hernández y Margarita Espinosa Meneses, “La difusión cultural y el fomento del capital cultural del estudiante universitario”, *Reencuentro. Análisis de Problemas Universitarios*, 2018, p. 183 [<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34060766009>].

en hora aula, sino opera constantemente en la relación colectiva del que todo universitario (estudiante, docente y actor cultural) forma parte para la determinación del *cuerpo textual* individual y colectivo.

Las dinámicas de consumo cultural están asociadas a la idea de capital cultural. En el espacio social, los agentes o grupos se distribuyen de distinta manera según el volumen y la estructura del capital cultural. Esto quiere decir que los sujetos no tienen las mismas prácticas, ni pertenecen a los mismos grupos de consumo cultural. La relación entre capital cultural y consumo cultural puede analizarse mediante uno de los tipos que produce el primero.²¹

En ese punto, con la práctica cotidiana en aula, la observación, la escucha de las demandas culturales, sociales y subjetivas se puede intervenir en un espacio concreto con la flexibilidad que se requiere más allá de lo que una estructura curricular pudiese limitar. Esta intervención que se reconoce como currículum vivido prefigura la participación y la creación de procesos de formación inéditos frente a los tomadores de decisiones, quienes pretenden incluir las demandas en los procesos educativos con políticas compensatorias atendiendo temas como equidad y calidad de la educación, así como la evaluación, el currículo y la formación docente. La investigación educativa necesariamente tendría que contribuir desde diferentes perspectivas y situaciones a la práctica cotidiana, lejos de reiterar los discursos de la institucionalización de las políticas públicas y sociales.

Aunado a este contexto, existen estudios que hacen evidente que la población estudiantil universitaria sostiene –hasta hoy– una tradición originaria “privilegiada” hacia una estructura social determinada y que refuerza la “pirámide de clase”. Se hace evidente el desfase en los procesos de aprendizaje, al no responder a las necesidades de los individuos y su entorno; en particular, las instituciones educativas se constituyeron con un tamiz que no necesariamente responde a las demandas sociales, incluyendo las claras distinciones económicas, políticas y culturales.

Existe una apertura como una tendencia actual con el desarrollo de nuevos perfiles institucionales públicos universitarios, pero es un proceso de incorporación hacia un esquema educativo preestablecido y no necesariamente de ampliar una visión hacia las demandas de procesos de formación. Se

²¹ José Luis Suárez Domínguez y José Fernando Alarcón González, “Capital cultural y prácticas de consumo cultural en el primer año de estudios universitarios”, *Revista Interamericana de Educación de Adultos*, 2015, p. 46 [<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=457544923004>].

observa que se ha limitado a estatificar los conocimientos y el desarrollo disciplinario en una lógica de desempeño más que de competencias; de esta forma, toma una tesitura antidemocrática y discriminatoria al no reconocer otras fuentes de saberes y dominios para la vida que no sean sólo aquellas que conlleven a un rendimiento escolar eficaz con lo convenido a intereses determinados desde una visión ideológica de productividad impuesta, y fuertemente articulada con intereses económicos reducidos a sectores específicos que condicionan los procesos de competencias en el lenguaje y la expresión que integra el cuerpo lectura, escritura y oralidad.

A partir de demandas y movimientos sociales en México, esta situación ha llevado a un proceso de apertura e inclusión de matrícula escolar en todos sus niveles, pero no parece resolverse porque se limitan a la obtención de eficiencia terminal que se exprese en sus estadísticas con un sistema de calificación de aciertos y no de una formación que observe las competencias.

Ahora bien, vale la pena puntualizar que los libros, las escrituras y las lecturas, han sido inicialmente privilegio de ciertos grupos sociales, mayormente hombres, clérigos y maestros, instrumentos de conocimiento de conventos y universidades y que, poco a poco, se consolidó como un instrumento de difusión cultural e ideológico generalizado a toda la población. Este es un eje de investigación-intervención relevante que conlleva a reconocer el aporte de las universidades como un espacio que impulse el crecimiento individual con un sentido de colectividad, construcción del saber y del conocimiento para *hacer-ver*, *sentir-pensar*, con una multiplicidad de soportes, desde el manuscrito en papel, la edición impresa hasta el libro digital.²²

Existen investigaciones donde se logra ir más allá de lo descriptivo de ideas pedagógicas o sus leyes estructuralistas, ya que se establece un marco histórico, social y cultural que permite visualizar cambios, permanencias y sentidos de los procesos educativos.²³ Éstos son visibles como referentes en el estudio del *campo universitario* como promotor de *capital social* y *capital cultural* que induce a los sujetos sociales en su camino profesional, académico y laboral.²⁴ El entorno sociohistórico en el que se ahonda está en

²² Susana Quintanilla, Lourdes Alvarado y Antonio Padilla, "Historiografía de la educación superior en México. Siglos XIX y XX", en *Historiografía de la educación* (vol. 10), México, Consejo Mexicano de Investigación Educativa (Colección: La Investigación Educativa en México 1992-2002), 2003 [http://www.comie.org.mx/doc/portal/publicaciones/ec2002/ec2002_v10.pdf].

²³ Pierre Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social* (traducción y compilación: Isabel Jiménez), México, Siglo XXI Editores, 2008.

²⁴ Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Historia de la lectura en México*, op. cit.

las universidades, sus actores y procesos y, entre éstos, el papel fundamental de la edición, el libro, la biblioteca, la librería, la información, el avance científico y humanístico, y los procesos, las articulaciones y tensiones en los campos que albergan al *capital cultural-educativo*.

Sin profundizar en los diferentes momentos gubernamentales y académicos por construir una historiografía en torno a la educación universitaria, es pertinente decir que ha sido un proceso lento, con un desbalance de lo enfatizado a lo largo de las décadas, así como en el nivel de análisis ante las diferentes propuestas universitarias que surgen en México.

Por ello, se hace énfasis en el *capital cultural-educativo* ligado a un proceso de interiorización del *cuerpo textual* que implica tiempo a la experiencia de sí de la persona, partiendo de las disposiciones que el *habitus* provee. La efectividad simbólica del *capital social* y su tensión con el *capital cultural* se inserta ineludiblemente en la lógica de transformación con la transmisión heredada, ello implica un tiempo de modificación, alteración de ambos capitales para que se incorporen subjetivamente desde la vivencia hacia una experiencia de sí, inscrita en un *campo* de prácticas de lo universitario con las correlaciones de fuerza y posiciones de los actores y agentes.

La noción del *campo* en cuanto a las relaciones y las prácticas educativas culturales es donde se sustenta el sistema escolar, origen social de quien lee o escribe; estos “espacios estructurados de posiciones (o de puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en estos espacios, y que pueden ser analizadas independientemente de las características de sus ocupantes (que en parte están determinadas por las posiciones)”.²⁵ Así que el campo opera por la existencia de los objetos/actores en juego desde su *habitus* por “los diferentes sistemas de disposiciones que éstos [agentes] adquirieron mediante la interiorización de un tipo determinado de condiciones sociales y económicas y que encuentran, en una trayectoria definida dentro del campo considerado, una oportunidad más o menos favorable de actualizarse”.²⁶ Esto es entendido como el conjunto de recursos psicosociales y culturales de los actores y agentes que se inscriben en el campo universitario.

En particular, las universidades públicas en América Latina tienen un papel crucial de observarse críticamente en sus prácticas institucionales para advertir esas tensiones ente *capital social - capital cultural* desde la perspectiva de

²⁵ Pierre Bourdieu, *Cuestiones de sociología* (traducción: Enrique Martín Criado), Madrid, Akal/ Istmo, 2008, p. 112.

²⁶ Pierre Bourdieu y Loic J.D Wacquant, *Respuestas. Por una antropología reflexiva* (traducción: Hélène Levesque Dion), México, Editorial Grijalbo, 1995, p. 70.

campo referida por Bourdieu y el juego que adquieren los actores y agentes en los procesos de formación de los estudiantes, más que responder sin pensarse en el que juegan los organismos internacionales en el contexto de la globalización y de la crisis de las IES a la que los ha llevado el cumplimiento de este mandato.

De ahí que es necesario el análisis desde la perspectiva institucional acerca de las formas de intervención del Estado y, con ello, el impacto de las políticas aplicadas a la educación superior en la generación de conocimiento, la formación profesional y el resquebrajamiento de la organización institucional. Pudiese ser innecesario afirmar que la situación actual del sistema educativo atraviesa por una grave y prolongada crisis, pero se ve reflejada en la formación de las competencias personales y profesionales de estudiantes y académicos, junto con otros actores y agentes universitarios.

CONSTRUIR UNIVERSIDADES LECTORAS

La universidad es un espacio fundamental en la estructura educativa que tiene como funciones la docencia, la investigación y la difusión de la cultura. Es ahí donde confluye un amplio abanico de agentes que entran y salen todos los días. En todo momento hay algo en juego, entre la plática, la reflexión y los distintos tránsitos e itinerarios se da, de forma diferente, un proceso de consolidación y crecimiento cultural; están las aulas, los pasillos, los cubículos, la cafetería, los jardines, los auditorios, la biblioteca, entre muchos otros lugares que forman parte de eso que es una universidad: es el *campo* institucionalizado para la formación de profesionales, para el crecimiento académico y es desde donde se generan contenidos para la difusión del conocimiento que está en constante desarrollo.

La universidad no se restringe a lo que ocurre en los muros que delimitan los edificios, sino a la producción de espacio que en su hacer genera apertura y vinculación. Por lo tanto, la construcción de la cultura lectora y escrita se ve cultivada por la oferta y el acceso a partir de diversas actividades, acciones y espacios, en los que el universitario interactúa y puede asimilar las propuestas de lo que será su vida profesional como un agente que integre conocimientos, creación, placer y expresión por medio de los diferentes soportes textuales. Al organizar un currículo vivido que induzca las competencias profesionales desde una práctica reflexiva cotidiana, parte de la estrategia heurística que sobrepasa cualquier aplicación mecánica de reglas preconcebidas.

Las prácticas de consumo cultural dan muestra de la diversidad que se permea en la cotidianidad de las universidades, las propuestas se manifiestan conforme se dan las relaciones interpersonales y la organización de los grupos o colectivos académicos, ya sea por situaciones de coyuntura o por el reconocimiento de intereses que producen experiencias haciendo converger perspectivas disciplinarias o interdisciplinarias. Con ello, las estructuras de espacios y de relaciones de cada institución se configuran desde ese *saber-hacer*.

El universitario es aquel que ingresa a un espacio físico como parte de la conformación de un *campo social*, con un *capital cultural* y con una contribución al *habitus*. Desde ahí las herramientas del proceso de formación entran en el juego de los agentes/actores de la edición, de la escritura y de la lectura, [proceso editorial] frente a la demanda institucional de construcción de conocimiento [proceso de enseñanza aprendizaje]. El espacio universitario es enriquecido cotidianamente por la interacción de múltiples actores que impulsan la construcción del *saber-hacer*. Es un *cuero textual* complejo donde cada uno de sus órganos le dan vida a las acciones que las competencias disciplinarias demandan y que se ven sintetizados en el proceso de formación subjetiva.

Es necesario que se analice que la formación profesional universitaria se piensa, convencionalmente, sólo como el proceso de adquisición de conocimientos de las ciencias. Esto puede verse reflejado en el currículo de manera disciplinaria, multidisciplinaria o transdisciplinaria que responda a demandas sociales y a los dominios propios de la profesión. No obstante, convergen una diversidad de elementos de la cultura institucional, del entorno social y de políticas educativas. Desde este ángulo, se requiere visibilizar la complejidad movilizadora para el dominio de las competencias, hacia una universidad lectora.

El estudiante, al igual que los docentes y actores culturales insertos en el campo de fuerzas universitario, se enfrentan a un sistema de demandas lectoras, de necesidades de escritura y de expresión oral cotidiana que se ven atravesadas por la tensión del deber ser que no dialoga con el deseo, con el querer ser, fragmentando al *cuero textual*. El ser, saber, sentir, escuchar, hablar, tocar, transitar hacia la experiencia de sí, desde el impulso de competencias, permitirán robustecer lo corporal como superficie de inscripción discursiva que articule los procesos de formación en tensión.

Ahora bien, considerando que cada sujeto es actor y agente de su propio transitar, se analiza su trayecto por su experiencia desde el *saber-hacer*, espacio social dentro del campo universitario. Los elementos constitutivos no son iguales en el momento en que se observa, expresa y reacciona con cada contenido y exigencia de producción espacial. Las competencias son

un proceso de formación cotidiana, no se consolidan en acciones técnicas primarias, sólo se obtienen herramientas para que con el paso del tiempo y con la demanda de dominios e instrumentos, vista desde lo institucional, lo colectivo y lo individual, se expresen y consoliden. No es posible homogenizar el *saber-ser*, *pensar-sentir*, *hacer-ver*, de ahí la bibliodiversidad que se promueve en los espacios culturales del libro como provocadores de experiencias lectoras, de convivencia escritural y espacios orales de análisis y, con ello, la construcción del *cuerpo textual* en el campo universitario.